

Elina Nora Dabas

Red de redes

Las prácticas de la intervención en redes sociales



PAIDOS

Buenos Aires - Barcelona - México

1. LA INTERVENCION EN RED

LOS INICIOS

El tema de las redes sociales ha sido desarrollado desde distintas perspectivas y, en algunos casos, con una denominación diferente. Los recorridos previos realizados por otros brindan elementos para significar esta posibilidad de nivel de análisis de las relaciones sociales desde los nuevos paradigmas del pensamiento contemporáneo.

Si bien es imposible registrar todos los aportes al tema, sería interesante mencionar algunos de los más significativos.

Dentro del abordaje de la terapia familiar se ha remarcado tanto la función de la red social para el desarrollo y cambio de cada uno de los miembros de la familia (Sluzki, C.; Bott, E.) como la importancia de apelar a ella en la resolución de situaciones de crisis (Speck, R.; Klefbeck, J.; Maldonado Allende, I.).

Tomando como base los desarrollos dentro del campo mencionado surgen interesantes propuestas de abordaje barrial y comunitario que consideran la red un factor significativo de análisis (Elkaïm, M.; Basinet-Bourget, M.J.; Bertucelli, S.; Fuks, S.).

Desde una perspectiva sociológica merecen destacarse los aportes que relacionan los procesos de marginalización generados en gran parte por el desempleo, la patología económica y la patología social, las crisis de identidad en las sociedades modernas con la ruptura de las redes sociales de pertenencia y la pérdida de la seguridad de los contextos locales (Castel, R.; Giddens, A.; Gueco, M.).

Dado que la temática de redes sociales intersecciona diferentes ideas y diversas prácticas, sería importante considerar las contribucio-

nes que desde el análisis institucional y de grupos se han realizado. Desde las prácticas comunitarias efectuadas en nuestro país por el equipo de Salud Mental del Hospital Lanús, dirigido por el Dr. Mauricio Goldemberg, tanto simultánea como posteriormente algunos desarrollos han remarcado un abordaje descentrado de la función del experto, apoyándose en la capacidad autogestora de los grupos (Bauleo, A.; Barembliit, G.; García Reinoso, G.; Flament, C.).

A los efectos de esta introducción es importante destacar que las prácticas en redes sociales que permitieron arribar a las ideas que aquí se desarrollan se iniciaron en el ámbito del equipo de Aprendizaje y Desarrollo del Departamento Materno Infantil del Hospital Carlos Durand de la ciudad de Buenos Aires.

La práctica concreta que abordamos fue el trabajo con Multifamilias, experiencia que iniciamos en el año 1983. Remarcamos esta fecha porque no fue ajena a que pudiéramos comenzar esta tarea: la res-tauración de la democracia en la Argentina.

Poder volver a formar un equipo de trabajo, que desde su constitución intentó resguardar el espacio para la autorreflexión, posibilidad pensar conjuntamente una práctica que desde sus inicios ofreció significativos obstáculos y descubrir en ella una trama de relaciones que no habíamos logrado visualizar antes de ese modo.

Comenzar a pensar en términos de red nos ayudaba a reconstruir nuestra propia trama social dañada, a crear dispositivos que nos permitiera elaborar nuestros miedos y ayudar a los demás a hacerlo. A desalojar de nuestro cuerpo a ese extraño instalado que nos tornaba rígidos en nuestro accionar, instaurando la desconianza como modo básico de relacionarnos.

Luego de casi diez años de intenso trabajo, podemos escribir acerca de estas prácticas y darnos cuenta de que otros piensan parecido, compartiendo este camino de sustentarlas tanto en la capacidad autorreflexiva de las personas acerca de su accionar y pensamiento como en la organización autogestora de sus proyectos.

El trabajo con Multifamilias surgió como una modalidad "alternativa" de abordaje clínico dentro de una institución hospitalaria.

Un hecho azaroso nos permitió cambiar nuestra mirada sobre las relaciones que se establecían entre los consultantes. Habíamos comenzado a videografiar las entrevistas multifamiliares. Dado lo novedoso del abordaje, los coordinadores solían salir de la sala de reunión

para discutir la intervención siguiente. En ese momento la grabación se interrumpía partiendo del implícito, ya que no se había acordado previamente, de que al no estar el equipo no se continuaba con el registro.

Hasta que un día el camarógrafo tomó la decisión de continuar filmando al grupo cuando los terapeutas salieran. Cuando nos encontramos con el material de esa entrevista, produjo un gran impacto descubrir las interrelaciones tan diferentes que se suscitaban en nuestra audiencia. Se combinaban encuentros para acompañar al que había tomado una iniciativa, realizaban propuestas concretas de acciones a seguir en relación con el problema que los había convocado, hablaban con una soltura que desconocíamos.

Junto con el proceso de autorreflexión que realizamos acerca de la función obturante que podemos cumplir los profesionales, descubrimos la trama de la red social. Ya no era sólo una modalidad alternativa de admisión hospitalaria, sino una posibilidad de potencializar las redes de solidaridad entre las personas que compartían problemas similares.

La difusión de la práctica con Multifamilias abrió otras instancias de inserción del trabajo en red. El alto número de consultas y derivaciones que realizaban las escuelas medias del área del hospital llevó a la posibilidad de promover entre ellas el desarrollo de redes inter e intra-institucionales, con la participación de los distintos actores sociales.

Otra de las más significativas propuestas de desarrollar intervenciones en red fue en el ámbito de la educación rural, proponiéndose a través de ellas generar alternativas al aislamiento, desarraigo y falta de pertenencia a la comunidad que caracteriza tanto a los alumnos y a sus familias como a los docentes. Poco tiempo después la propuesta se extendió a trabajar con estas intervenciones en un programa de hábitat popular, centrando el interés en las redes interbarriales, intermunicipales e intersectoriales.

Desde distintos ámbitos de inserción —salud, educación, trabajo, cultura, justicia, hábitat—, nos encontramos con un número creciente de personas en situación de riesgo. En el panorama de Latinoamérica esto cobra rasgos propios. Resulta dificultoso clasificar las patologías: la problemática económica se entrecruza con la social y con la psicológica: el desempleo o la proximidad del mismo genera miedo, angustia y sensación de desamparo; la amenaza siempre presente de los

procesos hiperinflacionarios se asocia con el incremento de la violencia, sea ésta en el interior de las familias o en las calles. Migraciones masivas del campo a la ciudad o de ciudades pequeñas a otras más grandes conllevan la pérdida de la seguridad de los contextos locales.

En estas situaciones las personas apelan a una gama de recursos para adaptarse a la nueva situación. Pero resulta más difícil su desarrollo cuando la inserción activa en la red social se ve obstruida. Se va produciendo un proceso progresivo de *desafiliación* (Castel, 1991) en el cual se van debilitando los ejes que posibilitan la pertenencia.

Hemos visto surgir entonces una serie de estrategias en forma de programas diversos para el tratamiento de los problemas socioeconómicos. Programas pensados en su gran mayoría sin la participación de los beneficiarios. Es lo que Castel llama la *gestión de los riesgos sociales*, que define como el establecimiento de un perfil que ordena para las poblaciones con "nivel de riesgo" los trámites sociales que se verán obligadas a realizar (Castel, 1984). Se despersonaliza la relación y las personas se ven inmersas en contextos sumamente amplios, separados en el tiempo y el espacio.

En el mundo moderno la vertiginosidad de los cambios se relaciona con la profundidad con que afectan a las prácticas sociales y las modalidades de actuar precedentes. Los acontecimientos se van sucediendo independientemente de su accionar, y se sustituye la mirada y la conversación por expedientes, números o claves. Según Giddens, en las formaciones premodernas *el tiempo y el espacio* se conectaban mediante la representación de la situación del lugar. El cuándo se hallaba conectado con el dónde del comportamiento social, y esa conexión incluía a la ética de este último. En las sociedades modernas, en cambio, la separación de tiempo y espacio involucra el desarrollo de una dimensión vacía del tiempo. Sus organizaciones suponen el funcionamiento coordinado de muchas personas físicamente ausentes unas respecto de otras; sus acciones se conectan pero ya no con la intermediación del lugar. A esta primera característica, Giddens agrega *el desempotramiento* de las instituciones sociales. Lo define como "el desprendimiento de las relaciones sociales de los contextos locales y su recombinación a través de distancias indefinidas espacio-temporales". El desempotramiento posee mecanismos que denomina "sistemas abstractos". Estos imponen tanto medios de cambio con un valor estandarizado e intercambiables en una pluralidad de contextos (por

ejemplo, el dinero) como modalidades de conocimiento técnico que poseen validez independientemente de sus ejecutantes. Estos sistemas penetran todos los aspectos de la vida social y personal, afectando las actitudes de confianza, ya que ésta deja de conectarse con las relaciones directas entre las personas.

Progresivamente se destruye la armazón protectora de la pequeña comunidad, reemplazándola por organizaciones más amplias e impersonales. Las personas se sienten despojadas en un mundo donde desparecen rápidamente el sostén, los apoyos psicológicos (Giddens, 1992).

Este significativo aporte de Giddens no plantea de ningún modo la vuelta a las formaciones premodernas como modelos de organización social donde los conflictos y las ansiedades no existieran. Esto sonaría como un regreso a la infancia mítica.

Pero sí es importante considerar el valor de los contextos locales, de las relaciones personales, de la confianza en el otro, de la posibilidad de participación en la planificación de los programas que afectan a la vida del conjunto.

Desde estos principios la propuesta de *Desarrollo a Escala Humana* (CEPAUR, 1986) se sustenta en tres pilares básicos: la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, la generación creciente de autoindependencia y la articulación orgánica de las personas con la naturaleza y la tecnología. Estos pilares se constituyen con la participación de las personas, participación que según nuestra experiencia debe tener un protagonismo real que incluya la posibilidad de tomar decisiones.

Hemos visto muchos programas de "participación popular" que consisten en pedir a la gente su opinión para luego decidir a espaldas del conjunto el camino a seguir. Uno de los efectos más interesantes de este protagonismo es la transformación de la persona-objeto en persona-sujeto, con una clara visualización de sus recursos, una valorización de sus saberes y una toma de conciencia de los logros que se pueden obtener a través de la participación activa en la organización social.

Los ejes comunes que fuimos encontrando como efecto de estas intervenciones son el desarrollo de la capacidad autorreflexiva y autocrítica, una optimización de la organización autogestora y un cambio en la subjetividad de las personas, lo cual implica también modificacio-

nes en su familia y su medio social. Este proceso de construcción colectiva posibilita la optimización de las relaciones sociales. Dicha construcción se sustenta en la acción que cada persona debe realizar en relación con el contexto social, ya que esa acción es la que lo reubica en relación con él. Pero esta acción cobrará sentido cuando se produce una toma de conciencia de cómo ésta se entrelaza con las del conjunto, produciéndose una transformación. Esto contribuye a la ruptura de mitos "familiaristas".

Consideramos que *el mito* se refiere a una serie de creencias compartidas por todos los miembros de una familia, un grupo o una organización. Dichas creencias no son desafiadas por ninguno de los involucrados, a pesar de que puedan generar distorsiones de cómo la realidad puede ser construida por otros. La lucha por conservar el mito es la lucha por conservar la relación, relación que se vive como vital.

Janine Roberts considera que los mitos constituyen parte de un proceso evolutivo que sirve tanto a funciones homeostáticas como morfogenéticas, a partir de las cuales se definen los roles de las personas que los sostienen, las imágenes de sí mismas, las experiencias históricas compartidas y las visiones del mundo fuera de las fronteras que cada grupo define (Roberts, 1989).

Al respecto Bauleo afirma que el mito construido tendrá como función que los sujetos se comporten de acuerdo con lo que él ha determinado. Dicha estructura mítica lleva en sí los aportes sociales recibidos por el grupo a través de los integrantes. En una polaridad entre *organización versus espontaneísmo* se juega el pasaje de agrupación a grupo. En esta polaridad se pone en evidencia la relación entre el tiempo social y el tiempo interno de un grupo, que dará definición a la finalidad que el grupo se plantea en relación con sus intereses (Bauleo, 1983).

Desde nuestro punto de vista los mitos "familiaristas" se basan en el espontaneísmo y conllevan la dificultad y/o ruptura de la posibilidad de organización autogestora, manteniendo la creencia de que es buena la unidad, sin dejar lugar para lo diferente, buscando líderes o conductores externos al grupo que les brindarán protección y ayuda, colocándose así en la posición de sujetos sujetos a las normas y a un destino prefijado. De todos modos organización y espontaneísmo forman un par complementario en relación con la continuidad o la desaparición de un grupo, y se interpretan primeramente según la finali-

dad en juego, y sólo en segundo lugar según las fuerzas exteriores.

Consideramos que la toma de conciencia acerca de la capacidad de organización influye en la apropiación de un proyecto así como el desarrollo de éste va constituyendo a aquélla.

De este modo retomamos lo enunciado anteriormente con respecto a la progresiva consolidación de formas autogestoras, que se profundizan al ser comparadas, discutidas, consensuadas y rectificadas con otros actores sociales que llevan a cabo procesos similares.

Trataremos de acercarnos al concepto de *red social*, que implica un proceso de construcción permanente tanto individual como colectivo. En este punto diríamos que es un sistema abierto que a través de un intercambio dinámico entre sus integrantes y con integrantes de otros grupos sociales, posibilita la potencialización de los recursos que poseen. Cada miembro de una familia, de un grupo o de una institución se enriquece a través de las múltiples relaciones que cada uno de los otros desarrolla.

Los diversos aprendizajes que una persona realiza se potencian cuando son socialmente compartidos en procura de solucionar un problema común.

LAS IDEAS

Las prácticas de la intervención en red nos llevaron a precisar conceptos teóricos que en su conjunto forman parte de la epistemología que enmarca nuestro accionar.

El primero de ellos se refiere a la *unidad biosociopsicocultural del hombre*. Hoy en día parecería de cierta ingenuidad reafirmar la unidad del hombre, la cual parece ser aceptada por todas las disciplinas científicas así como por diferentes prácticas. De todos modos cabe precisar una serie de cuestiones referidas a la aceptación de una definición independiente del contexto en que ésta se formula. Morin advierte acerca de la influencia del humanismo y del pensamiento cartesiano, que han llevado a definir como *hombre* a la persona de género masculino, blanco, que piensa racionalmente, técnico, adulto, derivándose de esta concepción una serie de subproductos sociales tales como las mujeres, las personas de diferentes grupos étnicos y los jóvenes, entre otros. Remarca la necesidad de incluir la idea de cultural en esta con-

cepción, ya que comportamientos sociales se observan en grupos de diferentes especies animales, en tanto que ciertas construcciones tomadas como "naturales", como el concepto de raza, son netamente producto de la cultura. Afirma que la cultura domina y corrige a la naturaleza humana, tal como lo confirman los estudios que realiza la biología moderna (Morin y Piatelli-Palmarini, 1982).

En este caso es interesante citar los avances que se vienen produciendo con el Programa Genoma Humano, cuyos desarrollos abren una serie de interrogantes ético-filosóficos para la humanidad.

Piatelli-Palmarini resalta la importancia de reconstruir lógicamente un lazo de relaciones autoorganizadoras: el lazo biocultural que surge del lazo biosocial. Remarca que las aproximaciones genéticas, neurológicas, psicológicas, ecológicas, socioculturales y sociohistóricas convergen para dar consistencia y enriquecer a la vez la idea de la unidad y de la diversidad humanas. Lo característico de la organización del sistema homo es que puede generar grandes variedades de comportamientos y de relaciones sociales. Concluyen afirmando que no hay una esencia del hombre sino un sistema homo multidimensional resultante de interacciones organizacionales que presentan caracteres muy diversos.

Este es un paradigma que nos lleva a la permanente reflexión acerca de con quiénes estamos trabajando, cómo los estamos mirando, qué similitudes y qué diferencias encontramos con respecto a nosotros mismos.

Desde este punto de vista se replantea el concepto de *orden*, derivado del pensamiento cartesiano, que ha llevado a categoría la realidad en grillas explicativas. Basándose en esto, se ha clasificado a las personas, a los grupos sociales y a las comunidades, ignorando las construcciones que ellas han realizado y forzando su inclusión en marcos de referencia erigidos desde otra cultura.

Una nueva perspectiva que plantea el debate en torno de los conceptos tradicionales de determinismo, simplicidad, linealidad y reduccionismo, presentando las ideas de causalidad circular, complejidad, azar y la emergencia de lo novedoso, introduce la posibilidad de concebir la unidad dentro de la diversidad. Esto implicaría acercarse a una concepción de hombre que incluya las diferentes construcciones culturales, lo cual conlleva una permanente movilidad en la construcción del concepto.

Un segundo punto en que se basa nuestro accionar es la concep-

ción del *cambio* como un proceso que se da en forma discontinua a través de *sistemas autoorganizadores*. Estos nuevos desarrollos nos llevan a tratar de entender sistemas ya no sólo desde la búsqueda de las relaciones sino desde el interrogante de cómo generamos nosotros ese sistema.

Pakman, en los comentarios que realiza sobre la obra de Heinz Von Foerster (1991), plantea que es importante considerar que todo fenómeno de autoorganización va acompañado por uno de desorganización en el ambiente del sistema autoorganizado. Si se lo elimina se pierde el fenómeno de autoorganización.

Esto implica aceptar la capacidad de los sistemas para modificar sus estructuras cuando se producen cambios en su medio, logrando un mayor nivel de complejidad durante ese proceso y potenciando sus posibilidades de supervivencia. Dichos cambios al mismo tiempo que mantienen una estabilidad lograda con anterioridad, desarrollan modalidades organizacionales novedosas.

Diremos que todo sistema requiere de un ambiente del cual tomar pautas de orden y al cual desorganizar. Relacionando este punto con lo mencionado más arriba en torno de la concepción de orden, esta perspectiva reformula el concepto de control, ya que se aparta de la posibilidad de un camino fijo y predecible. A través del concepto de regulación se pueden concebir caminos variables e imprevisibles que reestructuran el juego complejo entre los componentes del sistema. Si entendemos a los sistemas sociales como sistemas autoorganizadores, podemos plantear que el cambio introduce un nuevo orden a partir del orden anterior, del desorden y de la capacidad de actuar como un seleccionador de elementos útiles para su estructura.

Es importante, antes de concluir este punto, hacer una referencia al concepto de *obstáculo*, resaltado dentro del campo de la epistemología por Bachelard, quien fija una nueva era en la construcción del conocimiento a partir de que la relatividad einsteniana transforma conceptos que se pensaban inmutables. Su planteo del acceso al conocimiento —hoy agregaríamos lo novedoso— a través de la transformación de los obstáculos en una posibilidad, se relaciona con otros desarrollos de esta segunda mitad del siglo que introducen la ruptura de la linealidad y la simplicidad.

Bachelard afirma que el primer obstáculo es la experiencia. Añadiría que su presencia aumenta la tensión en una persona, un grupo o

una comunidad. Esta tensión introduce la necesidad de cambio en relación con las conductas habituales del sistema afectado. Dicha situación excede los umbrales de la estabilidad posibilitando el ingreso de información novedosa, que puede provenir tanto de recursos personales como del sistema social.

Un tercer punto de sustento está constituido por la comprensión de que la noción de realidad deviene de una *construcción social*, asumiendo que ésta es una perspectiva y no una "verdad". Esta concepción nos replantea la diferencia entre invención y descubrimiento. Consideramos que la gente, los grupos, las comunidades preexisten a nuestra conceptualización, ya que cuando afirmamos "ésta es la realidad", dicha afirmación se constituye en algo nuevo, algo creado, inventado, con respecto a un sistema que ya estaba funcionando. Es claro que esa nueva construcción puede coincidir con otras formulaciones, disentar de ellas o complementirlas, incluso la de los actores que vienen integrando ese sistema a lo largo del tiempo. Esto resulta un elemento significativo para reflexionar sobre la posición del que interviene en redes sociales. Esta intervención de algún modo "llega tarde" a la red, en el sentido de que ésta ya está formada. Lo que sí puede haber es, según Pakman, un hito consensual por el cual en cierto momento se reconoce un algo organizador, que en general viene asociado con un nombre.

Ese nombre ayuda a discriminar y a distinguir claramente un objeto, y a partir de ese momento puede haber un momento "oficial" de constitución de la red (Pakman, 1992).

Un operador, desde el momento en que interviene, deja de ser ajeno al sistema, incluyendo sus propias limitaciones y determinantes cuando habla de él, lo cual también lo lleva a incluir las restricciones en las premisas que determinan lo que los actores de la red cuentan acerca de sus relaciones.

Retomando los comentarios de Pakman, es interesante lo que plantea acerca de la pertinencia de las nuevas construcciones que surgen, cuando propone tomar tres parámetros: un *parámetro pragmático*, según el cual toda construcción de la realidad es pertinente tanto si posibilita una acción eficaz como si genera una diferencia observable en el operar de un sujeto, un grupo o una comunidad respecto de interacciones anteriores, significadas como ineficaces en relación con el problema planteado; un *parámetro ético*, que implica el respeto por la

subjetividad, en el caso de las personas, y por la ecología, en el caso de otros organismos vivientes, y por último un *parámetro estético*, que considera los sentimientos, el movimiento de las sensaciones de malestar a las de bienestar en el núcleo considerado problemático, sabiendo que este movimiento será de hecho inestable.

Desde esta perspectiva en la interrelación compleja de lo pragmático, lo ético y lo estético se definen las posibilidades de una intervención comprometida con un propósito social, lo que Pakman denomina una labor ecológica (Von Foerster, 1991).

En cuarto lugar, tomamos como referencia un conjunto de conceptos tales como *instituido*, *instituyente* y *transversalidad*, que, utilizados desde el campo del análisis institucional, aportan elementos interesantes para reflexionar sobre las redes sociales y las intervenciones. Lourau analiza cómo la referencia a las instituciones se ha ido cediendo cada vez más como la relación con lo instituido, esto es, la cosa establecida, las normas vigentes, vaciándose de la significación de instituir, en el sentido de fundar, crear, transformar un orden antiguo en otro nuevo, lo cual estaría dado por el movimiento instituyente. El concepto de transversalidad ayuda a comprender la dificultad de que las personas logren universalizar el conocimiento del medio en que viven. Se define, según Guattari, por la oposición a la verticalidad (estructura piramidal del organigrama) y a la horizontalidad (relaciones más o menos informales); la transversalidad tiende a realizarse cuando se efectúa una comunicación máxima entre los diferentes niveles y en diferentes sentidos. Se constituye en el basamento de la acción instituyente, en la medida en que toda acción colectiva exige un enfoque dialéctico de la autonomía del agrupamiento y de los límites objetivos de esa autonomía. Es la condición indispensable para pasar del grupo-objeto al grupo-sujeto, entendiendo por el primero el grupo sometido a las jerarquizaciones y a lo instituido y al segundo como el que puede abrirse a través de acciones instituyentes (Lourau, 1970, y Guattari, 1976).

Una síntesis para este tema la constituiría el aporte de Barenblitt, quien dice que "los procesos autogestores se desarrollan inmanente-mente con otros autoanalíticos por los que los colectivos producen saber, conocimiento e inteligencia de sus condiciones de *vida* (dicho en el sentido más amplio) y de las transformaciones incesantes que se operan en ella en el sentido de las *utopías activas* que la orientan".

Aporta del portugués el verbo *pensamentear*, que parece prestarse para designar pensamientos entre pensares, otorgando movimiento y capacidad de reformulación a la acción de pensar, lo cual implica una posibilidad constante de transformación (Barembliitt, 1992).

Por último, aunque no se agotan las ideas que aportan al tema de las redes y a las intervenciones que en ellas se realizan, resulta significativo destacar los conceptos de *habitus* y *lógica práctica*, aportados por Bourdieu. El concepto de *habitus* supera la antigua oposición individuo-sociedad. Se constituye en un fundamento de la regularidad de las conductas, y ciertas prácticas son previsibles porque el *habitus* hace que las personas, a quien Bourdieu llama agentes sociales, se comporten de un modo determinado en ciertas circunstancias. Desde esta perspectiva el *habitus* tiene relación con lo impreciso, no con lo jurídico.

Por lo tanto, las representaciones de los agentes varían según su posición en la red social y según su *habitus*, que conforma un conjunto de esquemas de apreciación y de percepción. El *habitus* produce prácticas y representaciones que están disponibles para la clasificación pero que no se perciben de inmediato, salvo por los agentes que poseen el código.

En relación con el concepto de *lógica práctica*, ésta se halla presente en la mayor parte de nuestras acciones, ya sea tanto en lo que se hace como en lo que se deja de hacer, en la cotidianidad, la regulación de las relaciones espaciales y el hábitat, el manejo del tiempo y todo aquello que forma parte de la vida de las personas y de las comunidades (Bourdieu, 1988).

Estas ideas resultan por demás interesantes cuando reflexionamos sobre las estrategias de intervención. Muchas veces se interviene desde la lógica del discurso, ignorando la espontaneidad, lo vago, lo inabarcable, lo "más o menos" que observamos en los comportamientos de las personas. Esto responde a una *lógica práctica*, que es una *lógica de producción* diferente. El desconocerlo provoca situaciones de fracaso o de obturación en el trabajo en redes sociales.

LA INTERVENCION

Para poder pensar acerca de las múltiples intervenciones realizadas tal vez sea necesario precisar que se está efectuando un detenimiento en un proceso y una ubicación que intenta ser externa a él.

Por otro lado, es de desear que las ideas que se formulan acerca de la intervención sean suficientemente laxas como para posibilitar que sigan siendo pensadas y reformuladas.

Desde la perspectiva del operador, el primer paso a realizar es la *organización de la intervención*. Las redes sociales son la descripción de ciertas interacciones; en algunas circunstancias surge en algunos el intento de organizar esas interacciones.

Este es uno de los pasos estratégicos clave. Cuando pensamos en las redes, éstas se nos presentan sin bordes nítidos, pero si nos atenemos a los conceptos trabajados anteriormente esto no significa que no haya una organización previa. Como lo formula Pakman, las cosas vienen pasando de antes y es bueno recordar que el inicio de la intervención no es borrar y cuenta nueva.

Cuando las redes poseen bordes borrosos el operador suele denominarlas "redes informales", pero tal vez no sea una redundancia aclarar que estamos en presencia de un fenómeno autoorganizado. Lo que no está presente es el elemento organizador. Siguiendo nuevamente a Pakman, en el momento de la organización, ésta está trabajando junto a la autoorganización y compite con ella (Pakman, 1992).

En nuestra experiencia hemos comprobado que cuando a través de la intervención se establecen bordes rígidos a las redes, éstas volverán a su "desorganización" primigenia, experimentando una sensación de fracaso con respecto a lo que se esperaba de los integrantes. A modo de ejemplo, citamos organizaciones de base que no han consolidado suficientemente un proceso de autogestión en relación con la búsqueda de recursos para la satisfacción de sus necesidades.

Por una intervención externa a ellas, ya sea de índole gubernamental o no gubernamental, se ven compelidas a conformar una organización jurídica como condición de obtención de un subsidio, un crédito o el acceso a un servicio. Es bastante frecuente comprobar que frente a los problemas que surgen se diluye la organización de las interacciones, pero no las redes que funcionaban anteriormente. Desde el punto de vista del operador, esto suele interpretarse como el fracaso de la intervención.

Por otro lado, si al intervenir el operador se encuentra con límites demasiado rígidos, es probable que esté frente a una organización autoritaria, con procesos significativos de burocratización. Un aspecto que marcamos en este punto es el de la capacidad autorreflexiva de pensar en el *para qué* de la propuesta de intervención, lo cual entraña

el hasta cuándo. El trabajo con metas mínimas que se basen en los recursos, las potencialidades y la creatividad de los integrantes de la red, colabora en este proceso de dificultar la burocratización de las interacciones.

Como segundo paso, incluimos la importancia de dicha *organización en torno de los problemas* que las personas designan como tales.

Desde esta perspectiva, remarcamos que no hay diagnósticos a priori o con la exclusión de algunos de los agentes sociales, al decir de Bourdieu, involucrados.

Al mismo tiempo, al pensar la realidad como una organización compleja, consideramos que un problema definido por los integrantes es el mejor camino de acceso al crecimiento de la capacidad de autoidependencia porque su resolución hace factible la elaboración de una metodología y/o tecnología propia, conformando la posibilidad de la transformación de la persona-objeto a la persona-sujeto, a través de la autoestima lograda.

Un tercer momento está constituido por la *generación de una historia común*. Esto es el o los problemas similares que los unen, las diferencias de origen, familiares, de intereses, laborales o educativas, las migraciones, las pérdidas, los logros. También es fundamental incluir el rastreo de los resultados obtenidos en los intentos de solucionar el problema y dónde ubican los obstáculos. Es notable comprobar cómo de la diversidad de historias y situaciones se va definiendo un problema común, que es el que le da sentido a ese estar juntos.

Un aspecto importante en este proceso de construcción de una historia común es el de *explorar todas las voces y perspectivas*, recordando que las que hablan son las personas, no las organizaciones. El vecino que no quiere participar en la cooperativa, el director de escuela que rechaza la capacitación de los docentes, el médico que no quiere compartir su tarea con profesionales de otras disciplinas, el funcionario que dilata la respuesta que una comunidad necesita, el alumno adolescente rebelde a las normas, son voces que es necesario incluir de un modo u otro. Consideramos que es preponderante hacerlo en el conjunto, ya que puede expresar un punto de vista que de otro modo no existiría, al mismo tiempo que puede modificar el suyo propio.

Es entonces cuando surge en el cuarto momento la oportunidad de dar lugar al surgimiento de *propuestas alternativas*, posibilitando modos alternativos de describir y encontrar soluciones.

Sluzki las llama *nuevas historias*, las cuales surgen de las historias alternativas anteriores. Si los momentos precedentes fueron cuidadosamente trabajados, estas propuestas-historias contarán con una posición favorable de los participantes de la red.

Señala algunas características interesantes de tener en cuenta: incluyen una dimensión temporal, ya que marcan aspectos de evolución y cambio, progresión y futuro; implican una actitud constructiva; es importante que se basen tanto en los ejemplos de competencia previa demostrada como en la utilización de recursos que se poseen; dan intensidad a las conexiones con otras organizaciones del contexto; contienen reglas éticas explícitas e implícitas, tales como respeto por los intereses de sí mismo y de los otros, evitación de la opresión y sufrimiento, sentido de la responsabilidad colectiva, entre otras.

Concluye señalando que los cambios generalmente se dan fuera de la intervención, en tanto durante el lapso que ésta dura se trabaja colaborando para que cambien las historias (Sluzki, 1992).

El último momento del proceso de intervención está centrado en la *consolidación de alternativas*. Este paso es muchas veces descuidado, ya que generalmente el operador se entusiasma por los cambios que comienzan a percibirse rápidamente. Sin embargo, es fundamental dejar un espacio para este proceso. Las personas necesitan confrontar en terreno las nuevas propuestas-historias, introducir las modificaciones necesarias, probar diferentes estrategias, equivocarse compartiendo esta posibilidad con los otros; en suma, comprobar que es difícil resolver todos los problemas, pero que se puede realizar un aprendizaje social que brinde nuevas maneras de enfrentarlos.

UNA REFLEXION

El haber podido pensar en el aprendizaje desde su dimensión sociocultural posibilitó construir nuevos territorios y dejar de suscribir la práctica a un sector o a una especialidad. Al mismo tiempo, dicha práctica fue modificando nuestra manera de relacionarnos, de pensar nuestra red social y por lo tanto el compromiso ético que asumíamos.

Poder reconocernos en nuestros puntos comunes respetando las diferencias y enriqueciéndonos con lo que ellas aportan implica un desafío diario. Habitualmente los que intentamos pensar y trabajar de

este modo nos encontramos con la pregunta acerca de nuestra "especialidad". Resulta difícil comprender que ésta se refiere a las personas y a las comunidades y no a un segmento de ambas.

Tal vez sea importante remarcar que la propuesta de intervención en red subraya la utilización de la preposición *en*, ya que la intervención se constituye a partir de la creación de un dispositivo donde las relaciones preexistentes se fortalecen, se potencian y modifican.

Si al finalizar nuestra intervención evaluamos que la red se ha disuelto o se ha debilitado, es importante reflexionar acerca de:

- si nuestra evaluación de logros coincide o no con la de los actores implicados en la red;
- si se ha previsto la consolidación de las nuevas alternativas generadas por el grupo;
- si la intervención estuvo centrada sólo en el tiempo, las perspectivas y los propósitos del operador.

Uno de los puntos clave de la intervención resulta ser entonces un reconocimiento certero de las redes sociales informales que todo sistema humano posee, para desde allí apuntar a su complejización progresiva.

De este modo, las redes se constituyen en una posibilidad de nivel de análisis de cómo se establecen las relaciones sociales.

Por último, se remarca que esta propuesta no busca oponer una verdad a una falsedad. Los que operamos desde ella sólo planteamos un punto de vista que deseamos que sea intensamente debatido. Creemos que por los contrastes se aprende que es más valioso saber formularse una pregunta que tener todas las respuestas, que se accede mejor a la construcción del conocimiento analizando un error que sin haberse equivocado nunca.

BIBLIOGRAFIA

- Barembliitt, G.: *Saber, poder, quehacer y deseo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.
- Bassinnet-Bourget, M.R.: "Pour construire ensemble", en *Informations Sociales*, Montrouge, FR, N° 1, 1988, págs. 46-56.
- Bauleo, A.: *Contrainstitución y grupos*, México, Nuevaomiar, 1983.
- Bertucelli, S.: "Proyecto Brochero", en *Documento*, Córdoba, 1988.

Bott, E.: "Family and Social Network" en *Social Science Paperbacks*, Londres, Associated Book Publishers.

Bourdieu, P.: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

Castel, R.: *La gestión de los riesgos*, Barcelona, Anagrama, 1984.

—: "La dinámica de los procesos de marginalización", en *Topía*, Año 1, N° 2, Buenos Aires, 1991.

CEPAUR: *Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro*, Santiago de Chile, 1986.

Elkaïm, M.: *Las prácticas de la terapia de red*, Buenos Aires, Gedisa, 1989.

Flament, C.: *Redes de comunicación y estructura de grupo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.

Fuks, S.: "La corte de los milagros de Rosario", en *Perspectivas Sistemáticas* N° 5, Buenos Aires, 1989.

—: "La conexión Rosario-Berlín: una experiencia de psicología ecológica" en *Perspectivas Sistemáticas* N° 16, Buenos Aires, 1991.

García Reinoso, G.: "Admisiones grupales", en *Psyché*, 1985.

Giddens, A.: "Modernidad y subjetividad", en *Zona Erógena*, año 3 N° 10, Buenos Aires, 1992.

Guattari, F.: *Psicoanálisis y transversalidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

Gueco, M.: "Keeping it in the Family", en *Social Network and Employment Chance*, Londres y Nueva York, Tavistock Publications, 1987.

Kletbeck, J., y otros: *Network Work with Multi-problem Families in Crisis*, Estocolmo, Botkyrka, 1986.

Lourau, R.: *El análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrotu Editores, 1970.

Maldonado, I., y otros: *Psychological Impacts of Exile. Salvadoran and Guatemalan Fam.*, Washington, CIPRA, 1990.

Morin, E., y Platelli-Palmarini, M.: "La unidad del hombre como fundamento y aproximación interdisciplinaria, en Apostel y otros: *Interdisciplinarietà y Ciencias Humanas*, Madrid, Tecnos/Unesco, 1982.

Pakman, M.: "Fundamentos epistemológicos de la intervención en red", seminario dictado en FUNDARE, julio de 1992.

Roberts, E.K.: "Creación de mitos en la tierra de lo especial e imperfecto: leones, canastos de ropa sucia y déficit cognitivos", en *Sistemas Familiares*, Año 5, N° 2, Buenos Aires, 1989.

- Sluzki, C.: "Disrupción de la red y reconstrucción de la red en el proceso de migración", en *Sistemas familiares*, Año 6, Nº 2, Buenos Aires, 1980.
- Speck, R., y Atteneave, C.: *Redes familiares*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.
- Von Foerster, H.: *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Parte primera

LOS ORIGENES DEL TRABAJO EN RED